

## Cuentos de la Cábila. Páginas para el disfrute

Hemos de alegrarnos todos aquellos que amamos la literatura de la iniciativa emprendida por la editorial Edilesa con la colección «Los libros de la Candamia», de los que *Cuentos de la Cábila* viene a ser la séptima entrega. Habiendo paseado por las maravillosas páginas trazadas por Luis Mateo Díez, en *Días del desván*, y transitado las no menos deleitosas de Juan Pedro Aparicio, en *Qué tiempo tan feliz*, nos encontramos ahora con el reto de enjuiciar a uno de los mejores prosistas vivos de nuestras letras. Porque, en efecto, Pereira es cuentista por excelencia, y más que eso. Pese a que muchos no lo sepan, el que fuera «Premio Castilla-León de las Letras» ha escrito algo más que soberbios cuentos. Entre su producción hay libros de poesía -*Antología de la seda y el hierro*- y, cómo no, novelas -*Un sitio para Soledad*-, por poner sólo dos ejemplos. No es baldío este somero resumen de su trayectoria literaria, puesto que, en mi opinión, *Cuentos de la Cábila* supone, en síntesis, una negación de su faceta más prolífica, esto es, la de narrador de breve distancia, que no de corta calidad. El título de la obra no es más que una trampa tendida al devoto lector, pues, no en vano, más que hablar de un libro de cuentos, tendríamos que hacerlo de una novela fragmentaria, al modo de lo que, en otro sentido, ensayara en *País de los Losadas*, recientemente editada (Espasa-Calpe, 1999). Los treinta y un relatos que componen su más reciente obra tienen, entre sí, un hilo común, la memoria, que los hace parte de un todo, difícilmente encuadrable en un corsé genérico al uso. A medio camino entre la autobiografía y la ficción, Pereira juega con sus recuerdos para tejer un tapiz de un pasado con el que todos nos sentimos identificados.

Las breves piezas que integran *Cuentos de la Cábila* hacen gala de una visión amable dirigida a unas décadas -veinte, treinta y cuarenta, sustancialmente- en las que nuestro autor fue un niño más de los crecieron con dificultad en la España de entonces. Lo que más sorprende es, precisamente, la gratitud con la que Pereira vuelve sus ojos hacia un legado en el que ya no caben divisiones maniqueas ni, por supuesto, sentimiento alguno de rencor. El tiempo y, más aún, el tiempo literario, hace de bálsamo para heridas abiertas muchos años atrás y que la palabra ha cicatrizado de forma definitiva.

Otro aspecto que destaca sobremanera en la labor de nuestro autor es su modo de hacer historia, contando, simplemente, al modo en que lo hicieran juglares de otros siglos. Pereira escarba en la historia cotidiana -«intrahistoria», parafrase-

ando a Unamuno- con objeto de encontrar en los rincones de su memoria elementos capaces de constituir, tamizados por la mirada inocente del que entonces fuera niño, un cuadro vivo. Así ocurre en *La Orbea del coadjutor* o en *La tuberculosis*, por citar tan sólo dos de los casos más destacables.

Gratitud, pues, y viveza unidas, también, como homenaje a la patria chica: León. Lejos de elogios sonoros y vacuos, Pereira se reconoce en los versos de Gil y Carrasco, cantor olvidado de la belleza oculta de una tierra que, observada en la distancia, reaparece dignificada y ennoblecida.

Si a todo ello unimos los signos de identidad de un autor curtido a lo largo de fecundas décadas de dedicación literaria, el resultado no puede por menos que ser recomendable. Sí, no hay que negarlo: indeterminación genérica oculta bajo un título ambiguo, pero no por ello menor agilidad y concisión en el narrar. De ahí que Pereira sea uno de los pocos creadores que soporte el rete de la oralidad. Prueben si no a leer a viva voz cualquiera de sus relatos el mundo de pequeñas cosas creadas para el disfrute íntimo de la lectura personal se hará entonces más real en palabras que, apenas pronunciadas, irán componiendo un mosaico de colores perdurables.

En tiempos como los de ahora muy distantes, en ritmo y calidad, a los tranquilos y pausados que rigen la ensoñación literaria, reconforté deleitarse con el último título de un escritor en sabia madurez, capaz de crear un mundo personal del que todos participamos en armónica compañía: un poeta que, desde la reflexión explícita de su propia labor sabe bajarse del trono para ironizar sobre su propia existencia y, así, con ceder valor, tan sólo, a aquello que lo tiene: su palabra.

Imágenes revividas, ahora sí, en color, gracias a la palabra ágil y a estilo vivaz de siempre.

**Emilio Peral**